

al trono de Rusia y á la larga serie de arbitrariedades nacidas de los continuos cambios de gobierno, dan una medida exacta para juzgar de los acontecimientos políticos. Desde el momento en que, en una noche, un puñado de militares podían derribar el gobierno existente, los oficiales medianamente instruidos y los indiscretos soldados de la guardia tuvieron por juego de niños el dar un golpe de Estado. En las páginas de las actas de muchos procesos políticos instruidos en tiempo de Isabel y de Catalina, encontramos que las revoluciones de 1741 y de 1762 ejercieron una influencia desmoralizadora en las esferas militares. Ha llegado á creerse que en algunos círculos de la sociedad rusa existía una verdadera manía por los golpes de Estado. Toda humillación personal, toda muestra de desagrado por alguna disposición del gobierno, hacía sospechar si se trataría de sustituir por otro el gobierno existente. El afán del gobierno por rodear de cierta oscuridad la realidad de los acontecimientos irregulares y por esparcir, como hemos visto, falsos rumores acerca de ellos, hizo que se diese crédito á cosas inverosímiles y dió ocasion á que se aventurasen ideas arriesgadas y á que se suscitasen animadas controversias.

En el fondo de estos episodios nada había que pudiese constituir un verdadero peligro para la existencia del Estado ó para su jefe. Rara vez tuvieron que ser reprimidos por la fuerza los manejos revolucionarios, pues todá tentativa de conspiración era destruida en su germen. La idea de la traición llegaba con frecuencia á oídos de los tribunales antes de que fuera un hecho. No faltaban nunca indiscretos, y los pocos comprometidos y los imprudentes habladores eran pronto víctimas de su locura, sin que el Estado pareciese haberse visto amenazado de peligro alguno. Catalina no tenía, pues, mientras no ocurriera nada más grave, ningún motivo para estar intranquila (1).

Rusia es el país clásico de los falsos pretendientes: presentóse un gran número de estos, especialmente durante la primera mitad del siglo XVII cuando se extinguió la dinastía de Rurik. En la época de los desórdenes y del interregno sucedía que las riendas del gobierno estaban por el suelo; feliz el que podía empuñarlas: la guerra de vasallos, el bandolerismo, la desolación causada por enemigos extranjeros, la falta de un enérgico gobierno central, la oscuridad acerca del fin del hijo menor de Ivan el Terrible en Uglitsch, todas eran circunstancias favorables para la aparición de aventureros que pretendían hacerse pasar por hijos de Czares (2).

Fácil es conocer que las continuas apariciones de falsos pretendientes durante el reinado de Catalina fueron debidas á las circunstancias generales, y más que á tendencias criminales de algunos individuos deben atribuirse á una disposición enfermiza que en el cuerpo social ruso se notaba. Los detalles de muchos de estos casos criminales nos son menos conocidos que los de otros varios; pero la mayoría de ellos nos basta para convencernos de que eran un fenómeno patológico social. La masa del pueblo producía tales aventureros, á quienes muchas veces se obligaba á desempeñar el papel de pretendientes. No siempre la idea de hacerse pasar por un príncipe muerto nació por su propio impulso de la cabeza de los pretendientes; pues algunos de los procesos de esta índole demuestran que otras personas fueron las que sugi-

(1) Castera, II, 56, dice que había fingido tranquilidad: «Un día encontró en su cuarto una carta en la cual se la amenazaba con asesinarla; y desde entonces no estuvo más confiada y tranquila.»

(2) Véase el gran número de supuestos hijos de Ivan, Fedor, Wasily Shinsky, etc., en mi trabajo *Historia del origen de los pretendientes en el Norte y Sur*, XV, 265.

reron tales pensamientos á aquellos aventureros. Así hemos visto, por ejemplo, que el alférez Batjuschkoff hizo creer á Fahrlich Opochinin que era hijo de Isabel y del rey de Inglaterra. Los elementos descontentos que encontramos entre los sectarios y cómplices de Pugatscheff parecen ser, como veremos, los que inspiraron á este la idea de hacerse pasar como pretendiente. Los motines permanentes de los cosacos de la Pequeña Rusia ofrecen campo á una larga serie de falsos pretendientes, no siendo admisible que todos los innumerables partidarios con que contaron muchos de estos supuestos hijos de Czares y emperadores creyesen en su legitimidad, y es más bien de creer que se hacían solidarios de tales crímenes, porque á la sombra de su bandera podían adquirir considerables ventajas. Estos pretendientes se presentaban siempre allí donde había descontentos u oprimidos. Todo rumor de aparición de un pretendido soberano ó de un supuesto pariente de tal, era acogida con gozo por las masas, porque á él se enlazaba la idea de que mejoraría la situación del pueblo. Muchos rumores de esta clase distaban de ser ciertos; allí donde no se encontraba nadie dispuesto á desempeñar el papel de pretendiente, se hallaba un fantasma de tal y esto producía el efecto apetecido. Así, por ejemplo, entre las hordas del famoso bandido Stenka Rasin (1668-71) no hubo nadie que tomara á su cargo el papel del ex-patriarca Nikon; pero bastó que se mostrara un buque en el cual, según se decía, estaba aquel príncipe de la Iglesia, para inflamar la imaginación del pueblo, que simpatizaba con el alto reo de Estado, y para excitarla á combatir al gobierno constituido. Cuando los polacos amenazaron en el siglo XVII á los moscovitas, aparecieron algunos pretendientes, con lo cual pudieron los primeros abrigar la esperanza de que sería posible, en el momento oportuno, encontrar personas dispuestas á desempeñar el papel de tales.

Muchos rasgos de la conducta de estos aventureros y de la de sus muchos partidarios, nos demuestran que el punto capital á que tendían no era tanto el conseguir el trono para el pretendiente como el afán de introducir la anarquía en el Estado y la esperanza de conseguir grandes provechos con el desorden y la rebelión. Los aventureros que se apropiaron el nombre de Pedro para poder, con él amparados, robar y asesinar con mayor éxito, no se diferenciaban, en muchos casos, de los innumerables vagabundos que, en aquel tiempo, sin hacer el papel de pretendientes tenían en completa alarma las comarcas del Volga. El número de estos vagabundos era considerable, porque las malas condiciones en que se encontraban las últimas capas sociales llevaron á muchos al bandolerismo, donde encontraban casi siempre un fin desdichado. A menudo aparecía entre ellos el nombre de un Ivan, de un Alejo ó de un Pedro como accesorio. Respecto de muchos de estos aventureros hay dudas sobre si se hacían pasar ó no por príncipes, dada la escasa importancia que tuvieron. Cuando apareció un poderoso bandolero, Sametayeff, que, al frente de una numerosa partida, saqueaba del mismo modo que lo había hecho Pugatscheff con la suya, Ssuworoff, á quien se propuso la adopción de medidas represivas para poner fin á tales escándalos, escribió que era preciso descubrir si aquel bandido Sametayeff se hacía pasar ó no por Pedro III. No existía, pues, diferencia alguna entre los que, como Pugatscheff, hacían el papel de pretendientes y los famosos piratas de aquel tiempo, como Kulagas, Bragin y otros que no se presentaban como tales. Algunos episodios como el de la llamada princesa Tarakanoff, del cual hablaremos más adelante, y el del pseudo Ivan que apareció en 1788 en Mitau, pueden ser considerados como casos excepcionales, como delitos individuales. La mayoría de los demás casos de pretendientes deben ser tenidos como faltas

de la masa del pueblo, como síntomas de fermentación interna en todo el organismo social, como llagas contagiosas de las cuales se exhalaban los malos humores de una gran parte de la sociedad. Los severos castigos impuestos á aquellos criminales aislados y á las innumerables docenas de sus partidarios eran tan poco eficaces como el tratamiento que se limita en una grave enfermedad á combatir los síntomas. Recordemos que el número de los falsos pretendientes en Rusia, durante los siglos XVII y XVIII, se elevó á algunas docenas; que alguno de ellos consiguió sublevar á una gran parte del imperio contra el poder del Estado ó contra el orden social ó contra ambos á la vez; y que tales acontecimientos dieron, por espacio de muchos años, al gobierno y á sus tribunales cuidados sin cuento; y quedará demostrada por estos signos infalibles la consunción crónica que minaba el cuerpo del Estado y del pueblo.

Estos acontecimientos prueban evidentemente la miseria, la rudeza, los males y las luchas del pueblo, y nos permiten conocer las dificultades anejas á un estado de transición: la del Estado ruso asiático al Estado ruso europeo. Ellos nos dan testimonio elocuente de la opresión en que algunos funcionarios ignorantes, venales y ambiciosos tenían al pueblo; ellos nos dan idea de las dificultades de la cuestión de los vasallos, resuelta definitivamente en los modernos tiempos; nos pintan la existencia nómada y cosaca de la masa del pueblo, aficionada á la emigración y refractaria al trabajo, el salvajismo de los pueblos extranjeros bajo la dominación rusa, las intrigas de los sectarios, la desesperación de los soldados desertores y de los ladrones y asesinos escapados de los buques que los trasportaban; ellos son un comentario á la significación histórica de la falta de una ley que regulara según el derecho público la sucesión al trono; y ellos en fin demuestran la influencia desmoralizadora que en la imaginación de las masas podían ejercer las terribles crisis de la vida del Estado, tales como el golpe de Estado de 1762, ó los hechos violentos como los realizados en la propia fecha en Ropscha y en 1764, en Schlüsselburg.

Entraremos ahora en la historia de los muchos pseudo-Pedros y reuniremos los episodios poco importantes de los falsos pretendientes, para después en capítulo aparte hacer una descripción más detallada de la rebelión promovida por Pugatscheff.

En una fortaleza muy distante de la capital donde vivía un preso político, contábase ya en 1763 que Pedro vivía y que había sido llevado á Schlüsselburg, teniendo por objeto su alejamiento el permitir á Catalina llevar á cabo el propósito que tenía formado de casarse con Orloff (1).

En 1765 presentóse en las fronteras meridionales del reino un soldado desertor, llamado Gabriel Kremneff, que quiso pasar por Pedro III. Habíase antes hecho pasar por capitán, y acompañado de dos camaradas, se había presentado en una aldea del gobierno de Woronesh, manifestando á la población que la destilación de aguardiente de vino quedaba prohibida y que durante doce años estaban suprimidas las levas de soldados. Cuando finalmente fingió ser el emperador y se le dijo por los que le rodeaban que Pedro había muerto, replicó que no era cierto y que en su lugar se había dado sepultura á un soldado. Entre los partidarios de Kremneff figuraban un sacerdote, un cabo, un sargento, etc.: el sacerdote decía que él había sido anteriormente cantor de la corte y que había tenido muchas veces en sus brazos al

pequeño Pedro (2). Los habitantes de la aldea acordaron reconocer como emperador á aquel aventurero y llevarlo en seguida á Woronesh. Muchas personas de todas categorías, entre ellas algunos sacerdotes, esparcieron el rumor, para que la noticia de lo sucedido llegase hasta las capitales. Entre las personas que rodeaban á Kremneff una se llamó Rumjanzoff y otra Puschkin. Pronto fueron presos todos los aventureros; y examinando la emperatriz con atención las actas del proceso, dividió á los acusados, según su culpa, en veintidos categorías, suavizando el castigo que á todos se impuso. Catalina observó que el delito de Kremneff no tenía sentido común y que había sido cometido por ignorancia y al calor de la embriaguez, sin que se hubiera hecho proposición alguna peligrosa. Por esto indultó á Kremneff de la pena de muerte, pero fué castigado corporalmente en todos los lugares en donde había tenido partidarios, siendo después condenado á trabajos forzados por toda su vida en Nertschinsk (3).

En el mismo año aparecieron otros criminales de esta clase: un sectario, también soldado desertor, Yewdokimoff, quiso hacerse pasar por el emperador Pedro II que había muerto en 1730, llegando á contar algunos partidarios entre sus compañeros de creencia.

Otro soldado desertor, Pedro Chernicheff, se presentó en una aldea de la provincia de Isjum diciendo que era el emperador Pedro: también fué protegido por un sacerdote, que predicó en su favor durante el servicio divino y le recomendó en las oraciones como emperador. Al ser encarcelado, dijo en el interrogatorio que en las tabernas de las aldeas se hablaba mucho de Pedro III entre las personas de la clase baja, opinando unos que el emperador había muerto y sosteniendo otros que vivía todavía. Este pseudo Pedro y el sacerdote fueron castigados corporalmente y enviados luego á Nertschinsk, donde, al decir del jefe de la fortaleza, prosiguieron en su tarea de hablar del emperador como si aun viviera, con lo cual consiguieron que algunos habitantes del lugar les dieran crédito, les llevaran algunos regalos, etc.

También se fingió Pedro III un armenio llamado Arszlanbekoff, que fué asimismo castigado y deportado á Nertschinsk (4).

Algun tiempo después, un cosaco desertor, llamado Kamenschchikoff, que había sido preso y castigado por diversos delitos y había huido de la cárcel, procuró esparcir entre los vasallos, que se veían oprimidos tanto por sus señores como por los funcionarios del gobierno, el rumor de que Pedro III aun vivía. Perseguido por los señores, huyó á San Petersburgo, donde cayó en manos de la policía, y fué castigado corporalmente y condenado á trabajos forzados por toda su vida en Nertschinsk (5).

El mismo Baturin, que en 1749 había tramado una conspiración en favor del gran duque Pedro y que desde entonces purgaba su delito en Schlüsselburg, manifestó en una conversación que tuvo con los soldados que le vigilaban, que Pedro III vivía todavía, que había emprendido un largo viaje y que al cabo de uno ó dos años regresaría á Rusia. Baturin entregó á uno de sus centinelas una carta dirigida al emperador. Por una casualidad tuvo el gobierno conocimiento del hecho y averiguó que algunos soldados habían dado crédito á esa fábula. Baturin fué condenado á destierro y trabajos forzados por toda su vida y fué deportado á Kam-

(1) Ssolowieff, XXV, 261. Cundió durante mucho tiempo el rumor de que Browne, el gobernador general de Riga, había tenido bajo su custodia, durante muchos años, á Pedro III, que no había muerto todavía. Véase *Un hombre de Estado ruso*, II, 457, de Blum.

(2) Entre el pueblo no podía saberse que Pedro había nacido en el extranjero, en donde había permanecido hasta la edad de 14 años.

(3) Ssolowieff, XXV, 155.

(4) Ssolowieff, XXVI, 155.

(5) Ssolowieff, XXVII, 21-24.

schatka donde tomó parte en la empresa de Benjowsky, y murió durante la travesía del Océano Pacífico (1).

En 1769 otro soldado desertor, Mamykin, hizo correr la voz, por los alrededores de Astracan, de que Pedro III vivía aun y de que pronto se presentaría en público y concedería los mas amplios derechos á los vasallos (2).

Estas empresas y estos rumores no ofrecían peligro alguno, porque el gobierno tenía ocasion para apoderarse de sus autores y hacerles inofensivos; pero con facilidad podían ofrecerse crisis mas graves, pues en los territorios del Sudeste del imperio, especialmente, había sobrados elementos para una rebelion.

Un año antes del levantamiento de Pugatscheff, y en las mismas comarcas en que este apareció, presentóse un cosaco desertor con la pretension de ser reconocido como Pedro III: otro cosaco desempeñaba el papel de secretario de Estado; ambos habian comunicado el plan á otros cosacos y todos juntos habian decidido marchar á la pequeña ciudad de Dubowka, proclamar allí emperador al supuesto Pedro y poner presos á sus oficiales. La energía de uno de estos hizo fracasar el plan y ahogó la revolucion en su germen. En efecto, el oficial se dirigió á la cabaña donde se encontraba el aventurero, á quien dió un bofetón, llamando luego á sus amigos para que se apoderaran del fingido Pedro. Los cosacos obedecieron, verificándose en un momento la prision del supuesto emperador y de su secretario de Estado. El proceso duró algunos meses, descubriéndose por él que los cómplices del cosaco eran en número considerable. En Zarizyn, en donde estuvieron detenidos los delinquentes, creyeron muchos habitantes que el verdadero Pedro III era tratado como un criminal. Los presos fueron conducidos de noche, con grandes precauciones y por un gran número de hombres armados, por temor de que el pueblo los libertara, como ellos esperaban. La circunstancia de haber muerto, al poco tiempo, en un buque, el pseudo-Pedro y de no conocer el pueblo su paradero, dió márgen á las empresas del peligroso aventurero Pugatscheff (3).

Algunos meses despues, apareció, en efecto, este, que dió que hacer á los órganos del gobierno mucho mas que los que le habian precedido, y cuya historia debe estudiarse enlazada con los movimientos de las masas.

Con la ejecucion de Pugatscheff, no desapareció sin embargo el peligro, el cual duró todavía largo tiempo.

En el año 1774, fué condenado otro supuesto Pedro, cuyo verdadero nombre era Foma Mossjakín (4). De las actas de otro proceso se desprende que un vasallo, llamado Sergueyeff, se hizo pasar en 1776 por Pedro III, reuniendo en torno suyo una cuadrilla de aventureros que dieron crédito ó aparentaron darlo á sus fábulas: el objeto principal de esta empresa era saquear los bienes de los señores. El gobernador de Woronesh, Potapoff, mandó prender á toda la pandilla compuesta de 96 hombres. Las actas del proceso no han llegado completas á nosotros, siéndonos especialmente desconocido su resultado (5).

(1) Véase el trabajo de A. Barssukoff en la *Rusia antigua y moderna*, 1875, I, 182-184.

(2) Ssolowieff, XXVII, 161.

(3) Véanse los detalles de ese episodio en la *Memoria* de Runitsch, en la *Russkaja Starina*, II, 125.

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, 141. Otro aventurero, Metelka, apareció en el propio año. Véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 17.

(5) Las actas que se refieren á Kremneff, Mossjakín y Ssergueyeff, aventureros que aparecieron en el gobierno de Woronesh, las coleccionó Bludoff. Véanse sus biografías por Kowalewsky. San Petersburgo, 1865, suplemento.

En 1778, un soldado ebrio refirió á sus camaradas, en el baño, que en las estepas de Crimea se encontraba el ex-emperador Pedro III, al frente de un ejército, añadiendo que habia sido hecho prisionero en Zarizyn, pero que allí mismo habia sido puesto en libertad por algunos cosacos del Don. Dijoles además que un general cuyo nombre era «Estrella de hierro,» habia librado una batalla contra las tropas de la emperatriz; que se esperaba de un momento á otro la llegada del emperador á Rusia, y que si bien se habia enviado á Rumjanzoff para defender las fronteras, este habia declarado que no combatiría contra el emperador.

El soldado fué preso y llevado ante un tribunal, en donde se le sometió á una especie de martirio. No obstante, se demostró que aquel hombre, que habia oido contar la tal fábula por la calle, no ocultaba ningun designio punible; y considerándose como castigo suficiente los golpes que habia sufrido durante el interrogatorio, fué puesto en libertad (6).

En 1780, un aventurero, llamado Chanin, en las bajas comarcas del Volga, dijo que la noticia de la ejecucion de Pugatscheff era falsa y que él era el Pugatscheff salvado, en quien el pueblo habia reconocido á su legitimo emperador Pedro III. Algunos dieron crédito á sus palabras, y en efecto habia sucedido, durante la sublevacion de Pugatscheff, que los tribunales habian propalado el rumor de que este y toda su cuadrilla habian sido derrotados, lo cual resultó falso, y por la misma razon podia tambien serlo la noticia de su ejecucion.

Chanin tuvo un gran número de partidarios, contándose entre ellos sacerdotes y vasallos. En marzo de 1780 fué cuando el aventurero comenzó á representar su papel; pero no trascurió mucho tiempo sin que fuera preso. La causa duró mucho tiempo y las últimas diligencias del proceso se han perdido; pero es probable que aquel pseudo Pedro acabara su vida víctima de los golpes de knut ó en las minas de Siberia.

Los rusos parecían estar muy acostumbrados á esta clase de apariciones (7).

Cuando en el otoño de 1790 llegó á San Petersburgo la noticia de la ejecucion verificada en Estocolmo de uno de los principales culpables de la confederacion de Anjala, llamado Härteskos, la emperatriz se mostró muy disgustada y encargó al baron Igelström que manifestara su descontento al embajador sueco, general conde Stedingk. Este escribió á Gustavo III diciendo que se le habia presentado Igelström, expresándole la sorpresa que le habia causado tanta severidad, y manifestándole que Catalina se mostraba, en casos análogos, mas benigna. En la propia ocasion participó Igelström al conde que, durante su permanencia en el gobierno de Ufa, habia visto tres casos en los cuales tres distintos aventureros, que se habian hecho pasar por el difunto emperador Pedro III, no habian sido condenados á muerte, sino á otros castigos (8).

Bien puede afirmarse que hasta el presente solo se han descubierto parte de las actas de los procesos relativos á casos análogos. De relaciones como esta del ex-gobernador de Ufa, se deduce que hubo muchos mas episodios de esta índole. Paulatinamente y como por casualidad, se descubren constantemente nuevos casos de pseudo pretendientes (9).

De esta suerte, veinte años despues de la catástrofe de Pedro III, tenia aun que lucharse contra la sombra del ex-

(6) *Archivo de Rusky*, 1878, II, 472.

(7) Mordonzeff reunió muchos datos acerca de ellas en su monografía, *Pretendientes y ladrones*, 2 tomos. San Petersburgo, 1867, (ruso).

(8) Memorias póstumas del feldmariscal conde de Stedingk, publicadas por Bjornstjerna, Paris, 1844, I, 386.

(9) Véase por ejemplo el caso sorprendente de un tal Bunin, á quien una mujer quiso obligar á desempeñar el papel de pretendiente. *Archivo de Rusky*, 1871, pág. 2.055-2.065.

emperador, sombra que podia constituir un grave peligro cuando aparecia en comarcas que se encontraban en buenas condiciones para sublevarse contra el poder del Estado.

Tambien en el extranjero se presentaron fingidos Pedros III. En 1773, escribia desde Zante el conde Mocenigo que en la ciudad de Arta, en la Albania turca, habia aparecido uno de estos aventureros. Nada, sin embargo, sabemos acerca de este episodio (1).

Ya anteriormente, en 1767, habia circulado por el Montenegro el rumor de que Pedro III vivia aun y de que se pre-

sentaria para libertar y unir á todos los pueblos eslavos que se encontraban bajo el yugo de los turcos. En setiembre de 1767, apareció un supuesto Pedro III en la provincia montenegrina de Maina: era este Estéban Malyi, y consiguió, durante algun tiempo, conquistarse cierta soberanía en el Montenegro. En una explosion, perdió la vista, siendo asesinado (1769). Estéban apenas pertenece á la historia de Rusia y se diferenció esencialmente de Pugatscheff y de otros aventureros por su talento é ilustracion. Para la emperatriz era infinitamente menos peligroso que aquellos cosacos y bandidos que predicaban la revolucion social (2).

## CAPITULO IV

### PUGATSCHIEFF

Triste situacion del pueblo.—Sublevaciones de los vasallos.—Sectarios.—Cuadrillas de bandidos.—Vida de Pugatscheff.—Peligro progresivo para el Imperio.—Pensamientos de Catalina acerca de la rebelion.—Victorias de los rebeldes.—Peligro supremo.—Guerra de vasallos. Fin de la rebelion.

El peligro que á Catalina habia amenazado por parte del preso de Schlüsselburg, el ex-emperador Ivan Antonowitz, no habia sido de gran importancia. Pronto podia tambien acabarse con la sombra de Pedro III, á no ser que se ofrecieran circunstancias muy favorables para la oposicion. Si algunos temerarios ó diletanti políticos querian hablar en los círculos militares de los derechos de Pablo al trono, esto venia á ser mas un juego de niños que un verdadero peligro. Ninguno de estos pretendientes representaba por sí mismo un poder que ni por asomo pudiese ser comparado con la autoridad de Catalina. Los partidos políticos carecian de esa instruccion, única que podia oponer obstáculos á la marcha del gobierno ó hacer discutible su existencia. Si en algunas esferas de las clases elevadas existia algun descontento, podia siempre tenerse por seguro que dentro de las mismas clases habia elementos bastantes para sofocar todas las aficiones levantiscas. Contra Arsenio Mazeyowitz habian aparecido otros sacerdotes enérgicos, como Ssytchenoff, y el mismo Sinodo. Los soldados y los oficiales rebeldes podian siempre estar seguros de que entre sus mismos camaradas tenian adversarios. Si amigos y enemigos del gobierno existente se mantenian firmes frente á frente, el talento, la energía, los atractivos personales y la realidad de la situacion de Catalina, puestas en la balanza de los primeros, no dejaba lugar á duda alguna respecto de quién seria el vencedor.

Muy distinta se presentaba la cuestion de la posibilidad de conservar la situacion conquistada si los instintos elementales del pueblo se levantaban contra el gobierno y el orden de cosas establecidos, si la rabia y la indignacion de millones de hombres exasperados por un mal sistema de gobierno, por absurdas instituciones y por inmorales funcionarios, promovian una guerra de clases y amenazaban acabar con la ordenacion del Estado y con todo el organismo social. Este peligro se presentó efectivamente. Podíase no considerar imposible substituir el gobierno á la europea por

una dominacion de cosacos; derribar, por medio de grandes oleadas de los pueblos bárbaros de la mitad del Asia, una corte que se distinguia por sus finas costumbres, por la aficion á las tendencias espiritualistas del siglo; y lograr que los bandidos que, durante un buen espacio de tiempo, habian dominado en todo el Sudeste de la Rusia, penetraran, aprovechando el torbellino de una guerra de vasallos, en el centro del imperio y enarbolaran en Moscou y en San Petersburgo la bandera de la oclocracia.

Este era el peligro que consigo llevó la sublevacion de Pugatscheff: que se hiciera pasar por Pedro III, y que por casualidad hablase de los derechos de su hijo al trono, todo esto era accesorio, accidental: la esencia de la rebelion de Pugatscheff era la protesta contra una mala administracion, contra el mal gobierno, contra la esclavitud de los vasallos. No ha de sorprendernos que de todos estos males quisiera hacerse responsable á la emperatriz: las masas poco ó nada sabian de los esfuerzos que hacia en pro del bienestar del pueblo; y como ella representaba el Estado y la sociedad, cuya desaparicion era el objeto que los vasallos se proponian, la lucha contra lo existente debia necesariamente dirigirse tambien contra Catalina. El nombre de Pedro III, los pretendidos derechos de Pablo al trono, eran solo un simbolo de la rebelion, la consigna de la accion que iba á comenzar. Los elementos que declaraban la guerra á todo cuanto era poder, consideracion, bienestar y autoridad, habian de ser refractarios á toda soberanía, cualquiera que fuese su nombre.

No podia darse mayor contraste que el que formaban Catalina y Pugatscheff. Aquella, discípula de la literatura

(2) Véase la historia de Estéban Malyi en la Monografía de Mordonzeff, I, 1-58. Catalina, en un rescripto dirigido á Browne, decia que aquel «impostor» enviaba emisarios, de los cuales algunos se habian dirigido al embajador ruso en Viena, y deseaba que se adoptaran las medidas oportunas para evitar que penetraran en Rusia. Véase el *Siglo diez y ocho*, III, 193-197. En una carta dirigida á Alejo Orloff manifestaba Catalina la sospecha de que Estéban Malyi fuese el italiano Vandini que habia vivido en San Petersburgo y que á consecuencia de cierto contrabando habia tenido que huir del país. Véase la *Ilustracion de la Sociedad histórica*. Importantes datos encontramos en Ssolowieff, XXVIII, 44-53.

(1) Véase el *Archivo del Consejo de Estado*, San Petersburgo, 1869, I, 389. Otro aventurero, llamado Senowitz, se presentó, en 1783, en el Montenegro, llamándose Pedro III, y fué despues á Polonia. *Russkaja Starina*, XVIII, 90.